NOTAS

ESPAÑA Y LA GUERRA DE
MÉXICO CON ESTADOS UNIDOS*

Miguel Soto**

212

Este trabajo reúne una amplia investigación de los despachos diplomáticos de representantes españoles en Washington, Nueva York, la ciudad de México, el puerto de Veracruz, así como del comandante militar de Cuba y los representantes iberos en Londres y en París, que brinda muchas luces sobre varios aspectos del conflicto que México enfrentó con Estados Unidos desde 1845, con mo-

* Los siguientes textos fueron leídos por sus autores durante la presentación del libro de Raúl Figueroa Esquer, *Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta. España ante la guerra entre México y Estados Unidos, 1845-1848*, celebrada en el Auditorio Jesús Terán de la Dirección General del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores en el ex convento de Santiago de Tlatelolco el 30 de marzo de 2000.

** Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

tivo de la anexión de Texas, hasta 1848.

Ciertamente, el estudio reúne no poca información novedosa, de la que se pueden citar múltiples pasajes. Así, por ejemplo, se destaca un desliz promonárquico de Juan Nepomuceno Almonte ante el cónsul ibero en Nueva York, al salir de Estados Unidos, tras la anexión texana. También se trata un ‘alineamiento’ de José María Lafragua con las actitudes antipacifistas y contrarias a cualquier negociación diplomática de los federalistas radicales, en 1845; años más tarde, sin embargo, Lafragua se caracterizó por militar entre los liberales moderados.

Entre la información relevante relativa a otras cuestiones destaca:

- En relación con la composición multinacional del ejército estadounidense en el momento de la guerra con México. Ahora,

NOTAS

con datos que ofrecen los diplomáticos españoles resulta que hasta un contingente de ¡catalanes! se incorporó en Nueva Orleans al ejército de las barras y las estrellas.

- Sobre el conflicto social que se respiraba en la ciudad de México, durante los procesos de reclutamiento de cuerpos de la Guardia Nacional, quedan muy claros los temores de los grupos acomodados, aun antes de que el ejército norteamericano llegara frente a la ciudad. La forma en que sucedieron las cosas, efectivamente, ante la salida de las tropas regulares mexicanas durante la noche del 13 de septiembre y la madrugada del 14: tuvo lugar un motín y saqueo de diversas propiedades por parte de grupos de léperos y gente que había sido forzada durante el proceso de reclutamiento urbano, según ha mostrado con detalle un estudio reciente de Luis Fernando Granados.
- Las reacciones de incredulidad en Europa ante la notoria deserción de las tropas mexicanas, y, sobre todo, la enorme irresponsabilidad de los oficiales para huir a la hora de los combates. Ciertamente, esta condición deficiente del ejército

nacional ya se había anunciado durante la guerra con Francia en 1838, como ha demostrado Faustino Aquino en su estudio de dicho conflicto.

- Con respecto a la actuación de otros personajes y grupos políticos mexicanos, el libro de Figueroa Esquer plantea algunos problemas: ante la actitud equívoca de Antonio López de Santa Anna, el autor rechaza tajantemente la visión ‘concertadora’ que proponía José Fuentes Mares, *sin* ofrecer una alternativa de explicación; el hecho es que el propio ministro español Salvador Bermúdez de Castro decía –y nos parece que con toda razón– que el ‘propósito fundamental’ de Santa Anna en toda la crisis había sido ‘la consecución de la paz’.

Por otra parte, respecto del señalamiento de la disposición de diversos grupos en México, particularmente federalistas ‘puros’, para solicitar un protectorado estadounidense después de la guerra, Figueroa Esquer lo atribuye a una visión ‘apasionada’ de Bermúdez de Castro sobre la realidad nacional. El hecho es que no sólo fueron algunos federalistas puros quienes pensaron en aprovechar la presencia del ejército estadounidense para procurar algún favor

NOTAS

al país: moderados como Manuel Gómez Pedraza también concibieron tal posibilidad.

En todo caso, algo curioso que se incluye en esta obra son ciertas versiones fantásticas que recogió Calderón de la Barca en Washington sobre las supuestas victorias mexicanas en los primeros enfrentamientos que tuvieron lugar frente a las riberas del Río Bravo, que traen a la memoria *El mejor de los mundos posibles* de Abel Quezada. En esta colección del famoso caricaturista, destaca muy especialmente una secuencia que se refiere a un sueño suyo: “México, el país más poderoso del mundo”, ante la debilidad y pobreza de su vecino del norte. En él, dice Quezada, “hubiera querido seguir soñando pero, de repente, desperté...” —a la amarga realidad, agregamos nosotros. Eso fue exactamente lo que le pasó a mucha gente en México durante la guerra con Estados Unidos cuando se iniciaron los combates y, con ellos, la cadena interminable de derrotas mexicanas. Entre los sorprendidos y descorazonados estuvo el representante español, Salvador Bermúdez de Castro.

Si bien resulta claro que el trabajo que reseñamos aquí aborda muy diversas cuestiones, y abunda en múltiple información como hemos señalado, también lo es que el tema central del libro consiste en un análisis de la

gestión diplomática de Bermúdez de Castro en México, cuyo ‘objetivo primordial’ como el autor asienta, consistió en el establecimiento de una monarquía. En este punto agradecemos los conceptos amables que el doctor Figueroa Esquer tiene para nuestro trabajo relativo a este proyecto monárquico.

Con esta cuestión entramos al meollo de su trabajo, recogido con precisión en su título: “Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta”, asunto en el que se evidencia una enorme admiración del autor por el ministro y bardo español. Sin embargo, su análisis de esa gestión diplomática tiene sus problemas.

Por un lado hay una visión reiterada según la cual la posición oficial de España durante la guerra entre México y Estados Unidos fue de una estricta neutralidad, que se manifestó de diversas formas. De acuerdo con ella, a pesar de los obstáculos que enfrentó en la defensa de los intereses de los súbditos hispanos en el país durante el conflicto, Bermúdez de Castro siempre procuró que en México se viera a España como su aliada ‘más sincera y más querida’, logrando mantener ‘incólume’ el nombre de la Madre Patria. Tal actitud, le fue plenamente reconocida al representante ibero cuando, al momento de su salida del país, el ministro de Relaciones Exteriores José

Ramón Pacheco le expresó sólo conceptos ‘honrosos’ por su gestión diplomática. Todo esto obedeció a que a raíz del fracaso de la conspiración monarquista, en la parte temprana de la guerra, Bermúdez de Castro asumió una actitud ‘cauta y reservada’.

A lo largo del trabajo existen también reconocimientos –si bien parciales– de la participación del ministro español en el desarrollo de esa intriga monárquica. Así, se destaca su ‘cinismo’ (p. 109) cuando informaba sobre las denuncias del presidente Polk sobre intrigas europeas para establecer una monarquía en México; con una cara dura, que le llegaba al otro lado del océano, el representante de Madrid simplemente refería tales denuncias *sin* comentar o *reconocer* su participación o responsabilidad en tales enjuagues.

Se percibe en Figueroa Esquer un afán de explicar diversas conductas equívocas del ministro español, precisamente debido a su participación en la conspiración monárquica; así dice, por ejemplo: “el exceso de confianza en su triunfo” le hacía perder el piso y la proporción de los acontecimientos. O, después, tras el fracaso de la intriga, asienta que tal descabro le alteró ‘la serenidad’ y el ‘buen juicio’ en su análisis de la situación mexicana.

Por la forma en que se presenta la información, así como por algunos

juicios del autor, podría pensarse que la explicación de esas contradicciones en la conducta de Bermúdez de Castro sólo requiera distinguir distintos momentos: es decir, primero intervino en la política mexicana, al derribar el régimen de José Joaquín de Herrera y encumbrar en el ejecutivo a Mariano Paredes y Arrillaga, quien se mostraba dispuesto a colaborar en la consecución del proyecto monárquico. Y sólo después, ante la imposibilidad de llevar a buen término tal intento, debido a las primeras derrotas del ejército mexicano ante el estadounidense, el representante español asumió plenamente la actitud neutral frente al conflicto provocado por la anexión a la Unión Americana.

Sin embargo esto no fue así. ¿Cómo puede hablarse de neutralidad cuando el propio ministro español reconoce haber empujado a las autoridades mexicanas a la guerra?

En varias ocasiones cuando se refiere en esta obra la participación del ministro español en la revuelta de Paredes, se hace como si se tratara de una más de las múltiples asonadas que México enfrentó durante las décadas que siguieron a la consumación de la independencia. Ya el hecho de provocar una revuelta, con todas sus implicaciones de división interna cuando había el peligro de una guerra extranjera, no era poca cosa. Pero, el caso es que ésa no fue sólo

NOTAS

una revuelta más, sino la que llevó al país a la guerra con Estados Unidos. Ahora bien, en sus conclusiones, al reconocer este aspecto tan grave en la conducta de Bermúdez de Castro, Figueroa Esquer la suaviza afirmando que ningún gobierno mexicano hubiera podido evitar las peores consecuencias del expansionismo norteamericano.

Probablemente eso hubiera sido así, pero el hecho histórico específico es que fue esa administración, con la cual colaboró Bermúdez de Castro para llegar poder, a la que él azuzó para ir a la guerra, la que finalmente enfrentó y pagó las primeras consecuencias de semejante osadía: los resultados consiguientes de tal propósito los siguió padeciendo el resto del país, a pesar —¿o tal vez más bien habría que decir, debido a?— la ‘neutralidad’ española posterior. En todo caso, el daño ya estaba hecho.

Aunque Figueroa Esquer cita la denuncia de Carlos María de Bustamante en la prensa por su involucramiento en la política mexicana, no menciona la respuesta del propio Bermúdez de Castro, que intentó una ‘explicación’ bastante absurda en el *Diario Oficial*. Con lo cual la imagen de España ya no quedaba tan ‘incólume’.

Pero la que nos parece una omisión seria, puesto que el libro revisa con cuidado la diplomacia de Fran-

cia y Gran Bretaña, es respecto a la consulta que hiciera el gobierno español a esas potencias sobre su posible participación en el proyecto monárquico con miras a detener el expansionismo norteamericano; así como de la respuesta afirmativa, si bien condicionada, que ambas dieron. En efecto, cada una respondió que estaría dispuesta a participar, siempre y cuando hubiera de por medio una solicitud de un congreso mexicano; y, segundo, que ambas actuaran de manera conjunta, sin que ninguna se adelantara para nada; lo cual estaba muy difícil. En todo caso, destacar esta dimensión internacional del proyecto resulta particularmente importante pues con ello se evidencia que Bermúdez de Castro sólo cumplía las órdenes de sus superiores al tratar de establecer una monarquía en la otrora Nueva España.

Un aspecto novedoso del libro que presentamos consiste en el señalamiento de que, años después, el propio Maximiliano otorgó una condecoración a Bermúdez de Castro ¡Por algo sería! Lo más probable es que se consideró que había hecho méritos suficientes, como él mismo dijo, al “fundar un partido monárquico en México”, que podría ser aprovechado en ‘circunstancias más favorables’.

En realidad con tantos ‘méritos’, surgen dudas muy serias sobre la su-

puesta enfermedad que hizo salir a Bermúdez de Castro precipitadamente antes de que llegara el ejército norteamericano a la ciudad de México ¿No sería más bien que temió pagar las consecuencias de su participación en el conflicto y que la supuesta ‘neutralidad’ ibérica fuera insuficiente salvaguarda para su propia seguridad personal?

Ahora bien, Figueroa Esquer menciona una ‘protesta’ del ministro mexicano en Madrid, Eduardo de Gorostiza –que en realidad fue una solicitud de explicación por parte de España sobre su papel en la conspiración monarquista. En relación con esa solicitud mexicana, recordamos diversas conversaciones con el licenciado Antonio Martínez Báez en las que aquél se preguntaba por qué las autoridades mexicanas habían sido tan ‘alcahuetas’ con el gabinete madrileño.

Creemos que la respuesta a esta pregunta nos la ofrece, cuando menos en parte, el propio Raúl Figueroa Esquer, pero no en éste sino en otro libro: me refiero a su estudio sobre la guerra de corso de México durante el conflicto con Estados Unidos.¹ Pues ahí presenta el caso de un navío norteamericano capturado en nombre

de México y llevado a la costa de Barcelona. Ante las protestas estadounidenses y, sobre todo al percatarse de que la tripulación del navío mexicano era española, las autoridades ibéricas de inmediato soltaron al barco capturado, lo que provocó una protesta violenta del cónsul mexicano, Sebastián Blanco. La situación llegó a tal grado que el cónsul estuvo a punto de ser arrestado en tanto la tripulación del barco fue detenida e implicó una negociación muy cuidadosa del propio Gorostiza para que sus miembros fueran liberados. Lo menos que puede decirse de este incidente es que las autoridades ibéricas mostraron una gran tolerancia y prudencia hacia el representante mexicano.

Hay otro elemento, que aunque paralelo al momento de la solicitud de explicación, también ayuda a entender la ‘suavidad’ de las autoridades mexicanas hacia España en esos años. Nos referimos a la angustiosa solicitud de ayuda que diversos yucatecos plantearon a las autoridades de La Habana, incluyendo la posibilidad su anexión al imperio español, a efectos de enfrentar la guerra de castas con los indios mayas. Ante tal petición las autoridades de la isla, ofrecieron su colaboración humanitaria, pero rechazaron cualquier tentativa de incorporación yucateca, comunicando con sorpresa al cónsul

¹ *La guerra de corso de México durante la invasión norteamericana, 1845-1848*, 1996, México, ITAM-PARMEC, 188 p.

NOTAS

mexicano las intenciones de esa provincia.

Con tales demostraciones de ‘amistad’ hispánica, poco faltaba para que México se complicara aún más su ya difícil situación internacional, solicitando una explicación convincente al gabinete de Madrid por su participación en la conspiración monárquica en México.

Estos aspectos dice Figueroa Esquer, ‘rebasan’ el contenido específico de su trabajo; a nosotros no nos parece. Puesto que el proyecto monarquista forma parte de la médula de su estudio, consideramos que hubiera convenido seguirle la pista en otras dimensiones.

Ahora bien, que se le eximiera de una explicación formal, no implica que España no deba reconocer y asumir su verdadera responsabilidad en esa crisis internacional que afectó a México tan seriamente, y con esto nos referimos a una condición que va más allá de la denuncia con motivos políticos que hicieran entonces los enemigos del régimen de Ramón María Narváez. Sobre todo, cuando hay actitudes como la de Figueroa Esquer, en la que se muestra un afán por destacar ‘la malevolencia’ e ‘hipocresía’ norteamericanas, frente a la ‘sinceridad’ y ‘buenos propósitos’ españoles, o cuando menos a lo que el autor llama una ‘indiferencia

calculadora’ de las naciones europeas ante la debacle mexicana.

Creemos que resulta indispensable, y así lo hemos sostenido en nuestro propio estudio sobre esta cuestión, que haya un reconocimiento por parte de España de las consecuencias de su actitud desesperada por salvar sus posesiones en el Caribe, utilizando a México como posible elemento de apoyo. Después de todo, en nuestros días está de moda expresar arrepentimientos por faltas cometidas en el pasado. La posición que ocupaba entonces la ex metrópoli fue claramente descrita por diversos observadores de la época, tanto mexicanos como españoles, cuando decían que inspiraba más compasión que respeto.

No nos resta queda sino expresarle al doctor Raúl Figueroa Esquer nuestros parabienes por la publicación de su libro, desearle la mejor de las suertes con el público lector y agradecerle, muy cumplidamente, la oportunidad de compartir estas reflexiones.